

que quita los pecados del mundo; á él conviene crecer, y á mí disminuir. El es quien os bautizará en Espíritu Santo y fuego.»

Comienza la misión de Jesucristo; su doctrina purísima, su vida ejemplar y sus milagros, atraen á la muchedumbre que olvidándose de todo escucha con avidés las palabras que se desprenden de los labios del que habla, como quien tiene autoridad y no como los escribas: la mente de aquellos hombres se ilumina con luces celestiales, su corazón se abre á las impresiones de la virtud, cesan sus males de toda especie, se ensanchan los horizontes de sus esperanzas y vislumbran, á la luz de la fé, la patria dichosa á donde se encaminan.

Jesucristo que ha venido á quebrantar la cabeza de la serpiente para librar á la humanidad del yugo satánico, envía de dos en dos á setenta de sus discípulos como heraldos de la verdad, por toda la Palestina, y estos discípulos regresan gozosos, diciendo: «Señor, hasta los demonios mismos se sujetan á nosotros por la virtud de tu nombre.» A lo que el Señor responde: «yo estaba viendo á Satanás caer del cielo á manera de relámpago.»

Una de las doctrinas principales del divino Maestro, es la oración, la cual levanta al alma hasta Dios, y hace que Dios descienda hasta nosotros; pero Jesucristo enseñó que nadie va al Padre sino por El, y de aquí sin duda lo que les dijo á sus discípulos: «Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre; pedid y recibireis para que vuestro gozo sea cumplido. Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, esto haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.»

¡Qué privilegio tan grande y tan olvidado, por desgracia, entre nosotros!

Más aún: entre aquellos que se congregan humilde y reverentemente adorando á Dios en espíritu y verdad, con

suprema, y llevar una vida que honre el nombre de cristianos, se cumple la promesa de Cristo que tanto ennoblece al alma y la fortifica para el bien: «donde están dos ó tres congregados en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos.»

Los apóstoles hacían milagros en tan precioso nombre; y los ministros que han querido llevar frutos de bendición trabajando con éxito en la conversión de las almas, han imitado siempre á los discípulos que despues de fatigarse en vano toda una noche, queriendo pescar, arrojan la red en el nombre de Jesús y por mandato de él, con un resultado sorprendente.

Sírvanos de ejemplo esta conducta para que muchos se encaminen al Padre por el Hijo y obtengan al fin la gracia del Espíritu Santo.

Sea siempre nuestro escudo y nuestra fuerza el nombre bendito de Jesús.

«No hay otro nombre dado á los hombres debajo del cielo, en el cual podamos ser salvos, decía San Pablo: ante este nombre, continúa, se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra, y en los mismos infiernos.»

CONTROVERSIA

San Pablo enseñado por el mismo Cristo, escribe á los Romanos: «Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.» Esta verdad tan sencilla la aceptan los llamados católicos, pero ajustándola siempre á sus propios intereses y miras particulares.

Examinemos lo que dicen: «ninguno puede estar en Jesucristo si nó está en su Iglesia, que es la Romana, fuera de la cual no hay salvación.»

La frase de que, solamente están en Jesucristo los de su Iglesia, equivale á decir que solamente creen en él y le son fieles, los fieles creyentes que la forman,